



LA RAZÓN HISTÓRICA
Revista hispanoamericana de Historia de las Ideas
ISSN 1989-2659
Número 55, Año 2022, páginas 76-102
www.revistalarazonhistorica.com

Etnogénesis de los pueblos eslavos. Historia de un concepto identitario, entre hechos y mitos

Sergio Fernández Riquelme

Resumen. En este artículo se aborda la síntesis historiográfica, desde la revisión documental, de los procesos de etnogénesis en los pueblos eslavos, desde su poco conocida aparición como formas tribales y paganas a finales de la Antigüedad, hasta su progresiva y diferenciada conformación étnica en tiempos del Medievo, con su cristianización, y su posterior construcción nacionalista diversa en edad contemporánea. Y realizamos esta síntesis del mismo como concepto identitario, bajo las evidencias aportadas por la historia, la antropología o la lingüística, y ante los mitos de origen contruados en el desarrollo de la conciencia identitaria y diferenciada de dichos pueblos a lo largo de su devenir.

Abstract. This article deals with the historiographical synthesis, from the documentary review, of the processes of ethnogenesis in the Slavic peoples, from their little-known appearance as tribal and pagan forms at the end of Antiquity, to their progressive and differentiated ethnic conformation in times of Middle Ages, with its Christianization, and its subsequent diverse nationalist construction in contemporary times. And we carry out this synthesis of it as an identity concept, under the evidence provided by history, anthropology or linguistics, and before the myths of origin built in the development of the identity and differentiated consciousness of these peoples throughout their evolution.

Palabras clave: concepto, eslavos, etnogénesis, historia, invención historiográfica, identidades, pueblos.

Keywords: concept, Slavs, ethnogenesis, history, historiographical invention, identities, peoples.

Introducción. Las invenciones necesarias en la Historia

La etnogénesis es un proceso dinámico de creación y transformación de la identidad sociocultural de cada grupo humano, en el espacio y en el tiempo, desde necesidades económicas, determinaciones geográficas y decisiones políticas. Sistema acumulativo de construcción, endógena (cómo pretendemos vernos) o exógena (cómo pretenden vernos) de la realidad identitaria de comunidades que: a) consideramos diferenciadas en el pasado, “inventado” historiográficamente sus rasgos definatorios principales a partir de determinados vestigios materiales, raíces lingüísticas o manifestaciones culturales; b) que ligamos a élites político-sociales que “inventan”, paulatinamente, identidades socioculturales sobre ciertos elementos etnolingüísticos distintivos, para reordenar colectivos bajo ciertos límites o condicionantes geográficos; c) que comparamos desde el presente de manera específica, “inventado” su devenir desde el cambio o la continuidad; y d) que localizamos en un contexto espacio-temporal, “inventando” lugares, periodos y fenómenos que les dotan de singularidad, rastreando entre los hechos y los mitos.

La Historia concibe a los pueblos, literalmente. Pero no en un simple sentido sociobiológico o geopolítico. Crónicas, anales o estudios científicos les han puesto nombre en las páginas o en los símbolos grupales, para que unos se acuerden, otros se identifiquen y muchos continúen su legado. Y a través de la etnogénesis, la ciencia histórica encuentra un valioso instrumento a la hora de comprender y explicar las formas de identificación comunitaria (especialmente de base étnica), realizadas en el pasado desde el presente (inmediato o lejano). Por motivos sentimentales o instrumentales, a cada sociedad siempre le importa saber de dónde viene: el porqué de nuestra filiación común, cuándo surge la lengua que hablamos o el folclore que preservamos, cómo aparecen nuestras fronteras o los símbolos de los que nos sentimos bien orgullosos bien avergonzados y, por supuesto, el motivo remoto de los presentes conflictos personales con la identidad dominante y de los recurrentes conflictos colectivos con las identidades vecinas.

El término etnogénesis fue acuñado en 1971 por el antropólogo norteamericano William Curtis Sturtevant, con el objetivo de definir esos mecanismos de creación progresiva de la “*distintividad grupal*” en cada colectivo humano. Servía, a su juicio, para establecer el origen real o supuesto de sus “*identidades étnicas*”, desde la cultura legitimadora común de una formación político-social que asegurara lealtades o jerarquías para el orden, la supervivencia o la expansión¹. Término que nacía, asimismo, del concepto etnogénético (*Stammesbildung*) principado años antes por el

¹ Merrill, W.L. & Goddard, I., *Anthropology, History and American Indians Essays in Honor of William Curtis Sturtevant*. Smithsonian Institution Press, 2002.2002

historiador alemán Reinhard Wenskus², quién en sus estudios sobre las raíces concretas de los diversos “*pueblos en armas*” bárbaros/germanos (en sus stirpes o *Sippen*), atisbó los procesos generales “*de creación y formación de los pueblos*”³. Desde la llamada *Escuela austriaca*, sus discípulos desarrollaron dicho concepto: Herbert Wolfram lo ligaba a un sistema de diseño y salvaguardia de las tradiciones de las aristocracias o jerarquías dominantes (*Traditionskern*, con su reflejo en la construcción de los siempre presentes “*mitos de origen*”)⁴, y Walter Pohl lo limitaba, ante la persistente transformación cultural de cada etnia en sus usos y costumbres, a un mecanismo identitario bajo fronteras físicas, siendo estas el único “*medio continuo de inclusión y exclusión*” que podía ser definido y comparable, claramente, en el contexto⁵.

Nada es inocente, ni mucho menos casual. Todo tiene una explicación funcional, aunque tardemos más o menos tiempo en averiguarla. Y todos los pueblos, desde los más locales a los más globales, se crean y se nombran en algún momento, siendo asumida dicha identidad por aquellos a los que se le define, o siendo refutada por quienes no quieren saber nada de esa posible fundación. El concepto fundacional de *Stammesbildung* de Wenskus investigaba, al respecto, ese proceso pragmático por el cual, individuos de colectivos con orígenes heterogéneos eran agrupados en comunidades étnicas de nuevo cuño por elites propias o ajenas, siendo inculturizados en su pertenencia al mismo por medio de viejas tradiciones orales recreadas o modernizadas⁶.

Por ello, cada proceso etnogenético responde a proyectos identitarios selectivos (de ciertas elites o ciertos expertos) o generales (fruto de dinámicas socioculturales), de reordenación social. Y sobre el que la Historia busca saber dónde situar o legitimar la raíz, excluyente o compartida, del colectivo afectado o usado para ese fin superior. Un ejemplo llamativo lo encontramos en Lev Gumilev y sus estudios etnogenéticos sobre el euroasianismo, ayer buscando dotar de etnicidad plural e histórica más allá de la identidad soviética, y hoy como referente del camino futuro de la soberana y multiétnica Rusia neoimperial⁷. Gumilev llegó a señalar que:

“Es razonable estudiar procesos (sociales, étnicos y culturales) más que matices de las sensaciones de personajes históricos. El grado de precisión en la recopilación de información primaria es pequeño, pero cuando se rastrean procesos de larga duración, los errores fortuitos se

² Marcela, M., “Etnogénesis, relatos de origen, etnicidad e identidad étnica: en torno a los conceptos y sus definiciones”. En *Anales de Historia Antigua, Medieval y Moderna*, n° 51, 2017, págs. 72-73.

³ Véase Wenskus, R., *Stammesbildung und Verfassung*. Köln, Böhlau, 1961.

⁴ Véase Wolfram, H., *History of the Goths*. University of California Press, 1990.

⁵ Véase Pohl, Walter, “Ethnicity, Theory, and Tradition: A Response”. En Gillet, A., *On Barbarian Identity: Critical Approaches to Ethnicity in the Early Middle Ages*. Turnhout: Brepols, 2002, pp. 227 sq.

⁶ Wenskuns, R., *op.cit.*

⁷ Fernández Riquelme, S., *El renacer de Rusia*. Letras Inquietas, 2020.

*anulan entre sí, de modo que podemos obtener una descripción que satisfaga las necesidades de nuestra tarea práctica, a saber, para entender una época. Y cuanto más amplia sea la cobertura, mayor será la precisión”*⁸

Como sabemos desde la Historia, toda identidad colectiva se edifica funcionalmente, desde elementos socioculturales determinados. Los nombres “inventados” y usados para pueblos (de los celtas a los millenials) y periodos (de la Primera Guerra Mundial a la *Culture War*), permiten concretar y explicar, en su lugar y en su momento, los valores socioculturales que supuestamente definen a la mayoría de los “seres sociales” que se agrupan o son agrupados. En el caso de los procesos etnogénéticos, estos apoyan la reconstrucción historiográfica, entre la realidad y la ficción, de esas organizaciones humanas pasadas que reivindicamos o negamos en el presente.

Aporta, pues, ese análisis básico sobre el origen y desarrollo real (cuantitativa y cualitativamente) y legendario (sobre todo esos “*mitos de origen*”)⁹, de aquellos elementos socioculturales necesarios para crear, o destruir, los conceptos identitarios sobre cada grupo humano que vemos, o hemos visto, como singulares étnicamente. Giovanni Sartori distinguía entre conceptos de bajo nivel, que podían ser adaptados a la especificidad contextual de países concretos; de nivel medio, que se adecuaba a comparaciones dentro de las zonas mundiales; y conceptos de alto nivel, que son eficientes para comparaciones globales. Pero los conceptos históricos de base etnolingüística, como el usado con el pueblo eslavo, es, permite la integrar todas esas dimensiones y la formulación de teoría generales: confronta grupos, regiones y mundos¹⁰.

En este caso hablamos de etnias. Identidades colectivas de base cultural y lingüística (y en algunas manifestaciones de naturaleza pretendidamente genética, biológica o racial), generadas para agrupar a concretos grupos humanos; desde dentro o desde fuera de los mismos, en el seno de organizaciones político-sociales (de la nación a la tribu), en plasmaciones territoriales concretas (dominadas o reclamadas), bajo conciencias de solidaridad compartida (conciliadas o impuestas), y con interacciones más o menos abiertas con el medio y con el vecino (pacíficas o violentas). Las etnias son, por tanto, “invenciones” históricas también, funcionalmente operativas para comprender al hombre en su medio comunitario y natural, realizadas por políticos y por historiadores ante esos rasgos socioculturales que surgen y se impulsan como hechos diferenciadores. Porque cada etnia depende, en última instancia, a esa “decisión” que pone nombre a los nuestros y a los otros. Son las “invenciones” necesarias que se han usado, y podemos usar, para averiguar y hacer entender las

⁸ Gumilev, L., *Ethnogenesis and the Biosphere*. Progress studies, 1990.

⁹ Rodríguez Barraza, A., “El mito del origen”. En *Ágora: Papeles de filosofía*, nº 2, 2016, págs. 13-25.

¹⁰ Sartori, G., “Concept misformation in comparative politics”. En *American Political Science Review*, nº 64(4), 1970, págs. 1033-1053.

similitudes o diferencias entre comunidades, diacrónica y sincrónicamente. Desde ellas, conceptuamos y definimos a los protagonistas colectivos de los hechos históricos en sus formas políticas, organizaciones sociales, medios de producción, creaciones culturales, creencias religiosas o manifestaciones lingüísticas.

Nos gustan las explicaciones claras sobre la fundación y evolución de cada etnia. Pero no siempre es tan sencillo. Aunque abordar la etnogénesis de los mismos ayuda a ello, desvelando las claves históricas sobre el origen real y mítico de pueblos pasados, a los que consideran o consideramos nuestros antepasados en sus formas culturales distintivas¹¹. Como señalaba Jonathan Hill, estos procesos de etnogénesis constituyen una herramienta analítica esencial para el “*acercamiento histórico crítico a una cultura determinada*”, estudiando el surgimiento y desarrollo de la misma en los contextos de cambio y discontinuidad¹².

En la Historia siempre comenzamos con pocos datos y muchas leyendas. Evidencia demostrada, esencialmente, al abordar la eclosión de esas etnias en periodos muy lejanos, o cuando las fuentes escritas son pocas o nulas. Este es el caso de nuestro objeto de estudio historiográfico: el origen y desarrollo del conocido como el etnolingüístico “pueblo eslavo”. Se le puso un nombre, se detectó su raíz (ante la escasez de datos se buscó su *Urheimat* lingüística común) y se reclamó su herencia. Y siempre pasa esto: los historiadores, de ayer y de hoy, creamos conceptos, inventamos términos y difundimos interpretaciones sobre los hechos, y pueblos, del pasado, para divulgar el conocimiento adquirido o para fundamentar las reclamaciones políticas. Las palabras de nuestra ciencia, nuestras “invenciones” historiográficas son herramientas operativas para reducir la amplitud y provisionalidad del conocimiento pretérito que, como enseñó Benedetto Croce, surge del interés del presente (por medio del trabajo documental, los restos arqueológicos o los estudios antropológicos y filológicos). Ante este objeto, Florin Curta explicaba que los elementos etnolingüísticos se convirtieron en diferenciadores e identificadores por una sencilla e histórica razón: “*los eslavos no se convirtieron en eslavos porque hablaran eslavo, sino porque otros los llamaban así*”¹³.

La etnia es, historiográficamente, otro concepto sociocultural que se elabora desde ese presente más o menos cercano, que la legítima o la continua. Estamos ante una confección, didáctica para la ciencia o deudora de intereses políticos, que permite mirar con nuestros ojos o sentir en nuestra alma, cómo fueron aquellos pueblos y

¹¹ Pohl, W. “Conceptions of ethnicity in early Medieval Studies”. En *Archeologia Polana*, Vol. 29, pp. 39-99.

¹² Hill, J.D., *History, power & identity. Etnogénesis in the Americas, 1492-1992*. University of Iowa Press, 1996.

¹³ Curta, F., “The Making of Slavs. History and Archaeology of the lower Danube Region c. 500-700”. En *Cambridge Studies in Medieval Life and Thought*, nº 52, 2005, pág. 346.

regiones que se llaman, con posterioridad, como nosotros hemos querido que se llamen. Y en este contexto, hablamos de un concepto y un término comúnmente aceptado, necesario y pragmático. El diverso pueblo etnolingüístico de los eslavos (el mayor de Europa), más allá de las dudas sobre su raigambre o sus mutaciones, supone una realidad historiográfica válida y funcional. Desde su aparición histórica en el este y sur de Europa, dicha etnogénesis eslava (en sus diferentes fases) sigue presente en la memoria colectiva y en el conflicto sempiterno, de aquellas naciones que la reclamaron como el pilar de su independencia, de su expansión o de su transformación.

Y la etnogénesis, como fórmula casi magistral al servicio de la ciencia histórica, tiene una función comunitaria evidente, e inevitable. Nace por y desde la comunidad, estudiando los hechos contratables y las leyendas persistentes que explican el origen y el desarrollo de su vida e identidad colectiva. Cada pueblo, incluido el nuestro, es una “invención” histórica, en su etnia primigenia o en su mestizaje inevitable, relativa a hechos objetivos y creaciones subjetivas. Ingenios intelectuales, por tanto, para comprender el tránsito de las identificaciones, entre el pasado y el presente¹⁴.

Encontramos patrias chicas o universales como “conceptos operativos”¹⁵ de ese mundo natal o adoptivo donde estamos o no queremos estar. Sirven, en suma, para entender cómo nos ven y cómo vemos al que creemos propio o pensamos que es diferente; y términos funcionales para designar la esencia o la alteridad de agrupaciones humanas de las que queremos o no proceder. La distinción, la alteridad o la convergencia necesitan un punto de partida. Y la etnogénesis de dichas patrias es parte de un juego, al que jugamos todos directa o indirectamente, y que sigue presente, *mutatis mutandis*, en la Era de la Globalización; periodo posmoderno donde las identidades colectivas, como formas de colaboración o de combate, marcan, no por sorpresa, la agenda pública de manera decisiva.

Primera etnogénesis

Los historiadores bizantinos les pusieron nombre. “Inventaron”, o usaron diferentes términos para definir a conjunto de pueblos distintos de anteriores invasores germanos y túrquicos, entre fábulas transmitidas oralmente y ciertas diferencias culturales detectadas en sus primeros contactos¹⁶. Porque todo comienza en la Historia parte de muchos mitos y pocos restos.

¹⁴ Sobre la noción contemporánea véase a Péronnet, M., *Vocabulario básico de la Revolución Francesa*. Barcelona: Crítica, 1985.

¹⁵ La necesidad de estos conceptos viene explicada en Sartori, G., *op.cit.* págs. 1033-1053.

¹⁶ Barford, P. M., *The Early Slavs: Culture and Society in Early Medieval Eastern Europe*. Cornell University Press, 2001.

Así sucede en el mundo eslavo. Aquí se encuentra, entre las brumas del ayer, el escenario de partida para la primera construcción etnogenética sobre los posibles ancestros protoeslavos. Las certezas son imposibles, en estos milenios casi mudos documentalmente, pero el concepto de los “*primeros eslavos*” es una realidad histórica evidente: no porque anteriormente se autodefinieran de esta manera o se vieron a sí mismos como compatriotas (ya que nunca sabremos, a ciencia cierta, quienes fueron); sino porque, posteriormente, los llamaron así, y muchos quisieron ver en ellos a los ancestros de su forma de hablar y de su lucha secular (aunque si podemos, a ciencia cierta saber, por qué les nombraron así, y por qué interesaba que la raíz estuviera allí). Kazanski subraya al respecto que:

“el mundo eslavo se nos presenta, en principio, y sobre todo, como un espacio psicológico: mundo de silencio, mundo sin escritura antes de los siglos IX-X, que solo conocemos en perspectiva, raramente desde el interior. Lo percibimos como un mundo salvaje a través de la visión de los pueblos que vivían en aquella época”.

Ciertas referencias documentales, crecientes estudios arqueológicos y análisis filológicos comparativos, han permitido crear un consenso historiográfico básico sobre este concepto¹⁷. Nos muestra la “invención” de un pueblo por historiadores pasados y presentes, desde esa primera génesis explicativa: una rama etnolingüística desgajada, a través de los siglos, de la gran familia indoeuropea, que eclosionaba, más o menos diferenciada, en torno a la amplia región de Europa oriental llamada Polesia. Sobre las inconcretas citas bizantinas iniciales, se ha rastreado el “*sustrato lingüístico*” y el “*vestigio material*” de la etnogénesis de los pueblos eslavos entre los ríos Dniéper y Vístula, desde finales del segundo milenio a.C., en el seno de una posible simbiosis entre culturas prehistóricas como la *Cerámica cordada* hacia Occidente y la *Yamna* hacia Oriente (entre la Edad del Cobre y la del Bronce)¹⁸. Y, posteriormente, se ha estudiado su plausible expansión natural en el espacio vital circundante, desde interacciones y mestizajes socioculturales inevitables con sus vecinos también “inventados”: los pueblos baltos al norte, y las tribus iraníes (escitas y sármatas) al sur.

En el plano arqueológico (y prehistórico, a falta de lenguas escritas), las investigaciones pueden concretar el origen de esos “*primeros eslavos*” de los que hablaban los bizantinos, en la extensa parte oriental de la Gran Llanura europea, boscosa y pantanosa. Allí se quiere situar el nacimiento inmediato y material protoeslavo, sobre los restos de casas y objetos singulares de las culturas Chernyakov, Przeworsk, y Zarubintsy (aunque también se sitúan en las posibles culturas lusaciana, de Chernoles, de Milograd o de Trzciniac). En dicha región, de límites difusos, se concentran el mayor número de asentamientos que pueden ser considerados como

¹⁷ Sebastian, B., “The Archaeology of the Northwestern Slavs (Seventh To Ninth Centuries)”. En *East Central Europe*, nº31, 2004.

¹⁸ Prieto Torres, S., *Los antiguos eslavos*. Madrid, Ed. Síntesis, 2020.

protoeslavos, entre el sur de Bielorrusia y el noroeste de Ucrania, durante la Edad de Hierro europea. Alrededor de las culturas citadas, destacan las dos primeras por su especial importancia material. Al oeste nació la entidad cultural de la “cerámica negra” de Chernyakhov (del siglo II al V), en zonas de Ucrania, Moldavia y Valaquia, de inicial influencia escito-sármata y posterior dominación goda; entidades que, para Curta¹⁹, representaron en muchos estudios postsoviéticos la auténtica y primera “*unidad cultural eslava*” en un difícil entorno multiétnico. Al este apareció la variada cultura de Przeworsk (y la protoeslava de Zarubínets) entre el río Oder y la llanura polaca, sobre el sustrato celta previo (La Tène) o ciertas raíces germanas (Jastorf). Ahora bien, Dimitri Obolensky intentó mostrar que esa zona original de la inicial etnogénesis debía ser más amplia que la zona de Polesia, por esas influencias recíprocas con bálticos, germanos y sármatas, y posiblemente simbióticas: del Elba al Cáucaso²⁰. E, incluso, la estudiosa lituana Marija Gimbutas amplió la región de esta primera etnogénesis, con la llamada “cultura de los Kurganes” (enterramientos iraníes) en las estepas en torno al río Volga (desde los esos restos definidos ligados a la experiencia euroasiática Yamna).

A nivel lingüístico, se ha documentado la existencia de la admisible *Urheimat* protoeslava en la región citada. Un idioma oral de origen balto-eslavo (del tronco indoeuropeo) que dio lugar, entre el 1500 y el 1000 a.C.²¹, que evolucionó a un conjunto de dialectos o hablas protoeslavas de base compartida (como intentó demostrar Serguéi Stárostin). No sabían escribir, por lo que no dejaron documentos escritos debido a su nivel de subdesarrollo respecto a las emergentes civilizaciones medio-orientales y mediterráneas. Por ello, no se puede afirmar que tuvieran una lengua estándar y compartida; pero el “*sustrato lingüístico*” común, del que evolucionan las lenguas eslavas actuales, ha sido detectado en el vocabulario similar en el seno de las mismas (en especial, en las palabras de naturaleza geográfica y botánica)²², con evidentes préstamos de los vecinos bálticos e iraníes (de estos últimos términos, se detectan aquellos de naturaleza civilizatoria, instrumental o espiritual), y de los posteriores dominadores godos y túrquicos²³.

Y a nivel histórico, se indaga en los vocablos, expresiones o voces de las fuentes antiguas que podrían representar a ese lejano y desconocido pueblo protoeslavo. Se

¹⁹ Curta, F., *Slavs in the Making History, Linguistics, and Archaeology in Eastern Europe (ca. 500 – ca. 700)*. London: Routledge, 2022.

²⁰ Obolensky, D., *The Byzantine Commonwealth. Eastern Europe 500-1453*. New York: Praeger Publishers, 1971.

²¹ Schenker, A. M., "Proto-Slavonic". En Comrie, B. y Corbett, G. G. (eds.), *The Slavonic Languages*. London: Routledge, 2002, págs. 60-124.

²² Sussex, R. y Cubberley, P., *The Slavic Languages*. Cambridge University Press, 2011.

²³ Cross, S.H., "Primitive Civilization of the Eastern Slavs". En *American Slavic and East European Review*. 5 (1/2), 1946, págs. 51-87.

les llega a identificar en escritos romanos, bien entrado el primer milenio d.C.; parece que Claudio Ptolomeo, Plinio el Viejo y Tácito vieron a las tribus ancestrales de los eslavos aún lejos de limes de la *Romania* de la que hablaba Pirenne; al respecto, podrían ser los grupos humanos a los que Plinio llamaba como sarmati, wendos, sciri y hirri (subrayando su origen iranio). Pero todo cambió con la Era de las Grandes Migraciones, tras el impacto brutal del pueblo de los Hunos de Atila. No solo comenzaba el fin del Imperio romano (en esencia el de Occidente), sino que, para el caso que nos ocupa, se estrenaba el devenir oficial de los eslavos, cuando comenzaron a presentarse como etnia diferente en los anales de esos cronistas bizantinos.

Se inauguraba la Historia de los eslavos. Ya aparecían en el papel escrito, con su primera y provisional “invención” como pueblo etnolingüístico, en sentido estricto. Y eran imaginados como tal por una función geopolítica: eran la nueva amenaza para el Imperio Bizantino en siglo VI d. C., con un término que empezó poco a poco a generalizarse: las tribus *slavanoi* (base del futuro etnónimo *Slověninъ*²⁴, supuestamente de *slavo* o “palabra”)²⁵. Los cronistas bizantinos los localizaron muy cerca: Jordanes los situó bajo el dominio de las diferentes confederaciones godas, llamándolos Venethi, Sclavenes y Antes (en su obra magna *De origine actibusque Getarum* o “Getica”), llegando hasta la actual Rumania; Mauricio los emplazaba ya en el Bajo Danubio, en su análisis *Strategikon*; Procopio de Cesarea los ubicó, concretamente, en plena Europa central, al servicio de la elite de los suevos (en su texto *De Bellis*); Juan de Éfeso los detectaba, incluso, en pleno corazón de la Grecia bizantina: de Tracia a Macedonia (como recoge en su monofisista *Historia eclesiástica*); y Teofilacto Simocates se atrevía a describirlos, profunda y étnicamente (en sus usos y costumbres), en una parte de su estudio *Quaestiones physicae*²⁶.

Y los testimonios arqueológicos podrían atestiguar esta silenciosa ocupación o expansión, además de su primigenia diferenciación cultural acelerada, como señala Paul Barford, dentro de los dominios de los ejércitos sármatas, godos y hunos²⁷. Según los rastros considerados, desde el siglo II d.C. se verifica su ocupación progresiva de toda Europa oriental (entre el Vístula y el Dniéper), originalmente por los citados

²⁴ Ballester Gómez, X., “Slověninъ: O del etnónimo de los eslavos”. En *Quaderni di semantica: rivista internazionale di semantica teorica e applicata*, nº5, 2019, págs. 49-64.

²⁵ Según los principales estudios lingüísticos, el origen de “eslavo” procede del término Slovo (“palabra”), posiblemente relacionado con otros como Slava (“gloria, la fama, la alabanza”) y slukh (“escuchar”) de origen proto indoeuropeo en la raíz klew- (“puede hablar de, gloria”), y afinidad al griego antiguo κλέος (kléos o “fama”). Véase al respecto Barford, P. M., *Los primeros eslavos: cultura y sociedad en la Europa oriental medieval temprana*. Ithaca, Nueva York: Cornell University Press. 2001; y Виктор Живов, Разыскания в области истории и предыстории русской культуры. ЛитРес, 2017.

²⁶ Litavrin, G.G., “Bizancio y los eslavos antes y después del bautismo de éstos”. En *Erytheia: Revista de estudios bizantinos y neogriegos*, nº 18, 1997, págs. 39-48.

²⁷ Barford, P. M., *op.cit.*

Venethi (desde las culturas Zarubinec y Chernyakhov), que se expandieron hacia el este; desde el siglo IV los ya independientes Antes (desde las culturas Penkovka y Korchak) aparecían en hacia zonas orientales; y desde el siglo VI, los Slaveni (desgajados de la raigambre oriental) eran vistos en regiones del sur balcánico y la frontera bizantina, tras cruzar los Alpes dináricos.²⁸

Estaban allí y se le ponía nombre. Aunque esta primera identificación etnolingüística eslava hablaba, eso sí, de una nula unidad política, una lengua oral desconocida, y un estado de amplio subdesarrollo²⁹. La amenaza residía en su presión migratoria o, quizás, en su explosión demográfica, imparable durante siglos y ahora advertida. Los bizantinos los vieron como tribus paganas, con economías primitivas (agrícolas y ganaderas de temporada), familias fuertemente patriarcales, un folclore significativo³⁰, vidas comunitarias descentralizadas, poca organización militar (con escasos recursos, pero efectivas emboscadas), cierto grado de desarrollo político (con caudillos llamados “*knyaz*”, quizás tomado del germano antiguo “*konung*”), y con amplios conocimientos del mundo forestal y de la artesanía manual. Aparecían en contacto, o siendo dominados, por pueblos más organizados (godos), más avanzados (romano-germanos o romano-bizantinos) o más belicosos (túrquicos); y, finalmente, eran valorados como valiosos mercenarios o esclavos militarizados, al servicio de generales tan importantes como Belisario en Italia³¹. Pero Procopio destacaba de estas tribus algo distinto e incomprensible (y quizás exótico) para un bizantino:

“no son gobernadas por un solo hombre, sino que han vivido desde tiempo inmemorial bajo una democracia, y consecuentemente todo lo que tiene que ver con su situación, sea para bien o para mal, se refiere directamente al pueblo”³².

Los eslavos entraban en escena como “pueblo histórico”, que la arqueología y la lingüística podían ampliar y corroborar. Se generaba una identidad sociocultural de base etnolingüística, con diferentes grupos socio-culturales, que explicaba, para los ajenos (sus diferentes vecinos) y los propios (sus supuestos herederos), ciertas similitudes étnicas, culturales o lingüísticas de diferentes pueblos contemporáneos a veces unidos y a veces en disputa³³. Y dicha identidad, desde la arqueología o la filología, presentaba sólidas evidencias de una raíz relativamente común, material y simbólicamente; pero que, como señala Florin Curta o George Vernadsky, definía no tanto a una comunidad originaria con unidad política o social (tanto en sus raíces como

²⁸ Kazanski, M., *Los antiguos eslavos: orígenes y migraciones*. Alicante: Editorial Eas, 2021.

²⁹ Makowiecka, G. y Makowiecki, E., *La cultura eslava*. Madrid: Editora nacional, 1981.

³⁰ Sokolova, L.V., y Guzmán, R., *El folclore de los pueblos eslavos: su mitología, rituales, canciones épico-heroicas y líricas, cuentos*. Granada: Editorial Universidad de Granada, 2003.

³¹ Kanzaki, M., *op.cit.*, págs. 140-145.

³² Procopio de Cesarea, *Historia de las Guerras*. Libro VII. Madrid. Gredos, 2007.

³³ Gołab, Z., *The Origins of the Slavs: A Linguist's view*. Columbus: Slavica Publishers, 1992.

en su evolución), sino a una serie de grupos que podían compartir ciertos elementos lingüísticos, étnicos o culturales de manera más o menos amplia. Por ello existen, y siempre existirán, dudas razonables sobre el origen y realidad de esta primera etnogénesis (como analizó Michael Karpovich): si fueron alguna vez una comunidad cohesionada, si todos los que hablaban formas de protoeslavo eran de etnias similares, si tuvieron historias más o menos comunes, si esos restos nos hablan verdaderamente de un pueblo distinto, si las naciones eslavas actuales se conectan realmente con esos ancestros e, incluso, si tuvieron realmente relaciones sociales entre ellos. Porque el origen de esta primera identidad eslava, tal como la conocemos, es obra de los historiadores como categoría explicativa, de naturaleza científica o de interés político. Según Curta, “*la creación de los eslavos fue menos una cuestión de etnogénesis y más de invención, imaginación y etiquetado por parte de los autores bizantinos*”³⁴.

La categoría de “lo eslavo” es creada, como es lógico (y en este caso por los historiadores bizantinos), pero no de la nada. Se “inventa” a principios de Edad Media para explicar, desde esta primera etnogénesis provisional y un primer etnónimo más o menos común, la aparición de una serie de pueblos antes desconocidos que entraban, aunque tarde, en la Historia universal. A finales de la Edad Moderna se convierte en una categoría cada vez más aceptada y operativa, comenzando a discutirse sobre sus raíces con la obra de Johann Christoph de Jordan *De Originibus Slavicis* (1745). A comienzos de la Edad Contemporánea, en plena “*revolución nacionalista*” por toda Europa, se profundizará en el debate sobre esta identidad histórica común y singular, en este caso desde las similitudes lingüísticas y las primeras referencias históricas (Jordanes o Plinio), con las tesis del filólogo eslovaco Pavel Jozef Šafárik: Sclavenes, Antes y Venethi son ahora las tres grandes ramas originarias del pueblo eslavo. Y posteriormente arqueólogos, historiadores, antropólogos o lingüistas intentaron demostrar, y refutar, esta primera identidad, al servicio de la construcción o destrucción nacional de sus países: el polaco Tadeusz Wojciechowski, el ucraniano Vykentyi Khvoika, el checo Ivan Borkovsky o el soviético Boris Rybakov³⁵.

Durante dos siglos se impulsó la búsqueda de esa patria prehistórica de los “*primeros eslavos*”. A partir de la “*invención*” bizantina, y ante la falta de fuentes escritas (más allá de los citados autores romano-orientales) se situó, aproximadamente, en torno a esa zona oriental de Polesia; los fundamentos partían de la base étnica (parentesco genético), la similitud léxica (con términos de la naturaleza y la toponimia) y los artefactos arqueológicos (los patrones cerámicos). Desde la síntesis historiográfica existe una realidad comprensible y funcional: la categorización de los eslavos como categoría de interpretación historiográfica, sobre las citas, los restos y las palabras que

³⁴ Curta, F., *op.cit.*, 2005, pág. 349.

³⁵ Dvornik, F., *The Slavs: Their Early History and Civilization*. Boston: American Academy of Arts and Sciences, 1956.

nos hablan de un conjunto de pueblos europeos con un origen etnolingüístico común y diverso, con una localización y desarrollo territorial para sus factibles tribus, reinos y naciones, tanto de raigambre autóctona (etnogénesis desde culturas indoeuropeas previas) como alóctona (etnogénesis en la expansión sobre territorios vecinos) en Europa del Este.

Segunda etnogénesis

Los misioneros cristianos les dieron una lengua escrita. Y con ella, los definieron y se definieron, común o diferenciadamente, con el paso del tiempo. De manera especial, cuando dichos pueblos fueron “inventados” como la gran comunidad etnolingüística que ocupaba todo el este de Europa, en su época de asentamiento extenso o expansión migratoria entre los siglos V y X.

Esta segunda etapa de su larga, y silenciosa, etnogénesis aparece en la Historia con el impacto de los ávaros desde el año 555 ³⁶ (como antes les sucedió a los germanos/bárbaros tras la llegada de los Hunos). Tras la aparición y desaparición de este poderoso pueblo túrquico, llegó tanto la eclosión político-social de estos pueblos, como la definitiva fragmentación de ese mundo eslavo en tres grandes áreas de ocupación o influencia: los que permanecieron en las frías tierras negras orientales (*Chernozem*) o se establecieron en las cálidas costas del Mar negro (*Chernomore*); los que llegaron a las puertas del río Elba y entraron en conflicto con los pueblos sajones y los estados francos; y los que cruzaron el Danubio hasta el sur continental e invadieron el mismísimo Imperio bizantino.

El etnónimo ya era general, incluso en tierras occidentales. Se hablaba de eslavos o “*sclavus*”, como recogían Martín de Braga y Jonas de Bobbio; aunque también persistía la denominación “*veneti*” entre los francos occidentales, y “*wenden*” o “*windische*” entre los francos germánicos³⁷. La primera gran descripción unitaria y sistemática de las diferentes tribus, en sentido eslavo, la encontramos en el segundo libro de *Los Milagros de San Demetrio* (690). Y los últimos estudios arqueológicos nos hablan de un gran “*horizonte cultural*” eslavo entre los ríos Elba y Dniéper, desde los vestigios occidentales del área de Praga o de Mogilla, a los descubrimientos orientales en la zona de Penkovka o Korchak³⁸.

Datos y tradiciones sobre la lenta, pero progresiva, expansión de una serie de tribus agrícolas, con asentamientos no fortificados, ligadas profundamente a la tierra, y más

³⁶ Siendo la “gran amenaza” para la propia Constantinopla, como recoge Navarro, M., “El gran asedio de Constantinopla de 626: Ávaros y persas contra romanos”. En *Desperta Ferro: Antigua y medieval*, nº 66, 2021, págs. 32-36.

³⁷ Dvornik, F., *op.cit.*

³⁸ *Idem.*

sedentarios y pacíficos que las poderosas confederaciones temporales de pueblos belicosos que recorrieron o dominaron todo el este europeo. Colonizaban en familia y en comunidad, poco a poco, tras el paso de escitas, hunos, alanos, ávaros y godos, arraigándose al terreno y creciendo demográficamente por su vida sedentaria y por el vacío poblacional provocado recurrentemente en esa Era de las Grandes Migraciones. Durante centurias no aparecieron con incursiones llamativas ni líderes legendarios en las crónicas griegas o romanas, pero el impacto socioeconómico de la llamada Pequeña Edad de Hielo (536-660), aceleró dicha ocupación del este europeo en los inicios de la Edad Media. En este sentido, se habla de una expansión lingüística (como lengua franca en el Kanato ávaro), de sustitución demográfica (tras la marcha de los godos) o de emigración socioeconómica (buscando tierras más fértiles, hacia el Danubio o el Mar Negro)³⁹.

Pero ya estaban allí desde hace muchos siglos, o por lo menos comunidades que no respondían a la descripción oficial de los ávaros o godos. Portaban un modelo sociocultural algo diferente (como recoge la arqueología, en su cerámica artesana, sus viviendas excavadas en la tierra, en sus asentamientos seminómadas o temporales, y en sus urnas funerarias) y, como es lógico, lo fueron imponiendo lentamente, por peso demográfico, a pueblos vecinos (o incluso a dominadores). Y aparecieron en esta Historia, como siempre, por ser considerado el nuevo enemigo de los que escribían dicha Historia: así habían aparecido y habían sido identificados por este motivo hunos y ávaros, godos y alanos. Ahora, los Venethi, los Antes y los Sclaveni eran los adversarios a los que poner nombre, al aparecer más allá del Danubio o del Vístula: a los primeros, carolingios y germanos buscarán someter y cristianizar durante siglos; a los segundos, se les olvidará entre llanuras pantanosas y estepas interminables; y a los terceros, los bizantinos plantearán una guerra permanente en los Balcanes de la que saldrán victoriosos los eslavos del sur.

En primer lugar, se situaban los “eslavos orientales” o aquellos que quedaron en la zona primigenia en relación con los pueblos bálticos, iranios ugrofineses, ajenos al desarrollo de la Europa Cristiana (más romana o más medieval). Tribus muy desconocidas como los eslovenos de Ilmen, viatichos, radimichos, krivichos y drevlianos al norte, y los severianos, ulichos, polianos, volinios, tivertos o croatas blancos al sur. A falta de lengua escrita y testimonios documentales, la arqueología nos habla de sus predecesores diferenciados del resto de eslavos en la “cultura Kolochin”⁴⁰. Tras el paso de alanos, húngaros, búlgaros y jazaros, comenzaba el final de las Grandes Migraciones, y en el siglo VIII diferentes grupos eslavos expandieron su presencia:

³⁹ Larrañaga Zulueta, M., “Los antiguos eslavos”. En *Oppidum: cuadernos de investigación*, nº17, 2021, págs. 393-394.

⁴⁰ Dolukhanov, P., *The Early Slavs: Eastern Europe from the Initial Settlement to the Kievan Rus*. New York: Routledge, 2013.

drevlianos, volvinios y polianos llegaron hasta la cuenca de los Cárpatos (los próximos principados de la futura Kiev); los krivichos avanzaron hasta zonas bálticas y el lago Ladoga (entre Smolensk y Novgorod), los viaticos se instalaron entre el curso superior del río Don y el río Oka (terrenos de la futura Moscovia); los ulichos aparecieron superando el Dniéper y los tivertos más allá del Dniéster⁴¹.

En segundo lugar, aparecían los llamados “eslavos occidentales”, o pueblos que finalmente fueron integrados, de manera progresiva, en dicha civilización, especialmente por influencia germana (véase la obra expansionista iniciada por Carlomagno hacia el este): polacos, checos, eslovacos, moravos, polabos, lusacianos, casubios, sorbios y eslovincios o pomeranos (“*los que viven al lado del mar*”). El origen arqueológico de esta rama nos remite, al respecto, a las culturas de Praga, y Mogilla (suroeste) y al grupo Sukow-Dziedzice (noreste).

En esta división también destacaron los llamados “*eslavos del Elba*” (*Wends*). Eslavos occidentales que fueron más allá, tras cruzar el río Oder, y penetraron en el territorio oriental de Alemania en varias oleadas de inmigración, desde mediados del siglo VI (agrupados en la rama lingüística del “*lejítico occidental*”). Llegaron a superar la frontera natural del río Elba, y entraron en conflicto con los sajones, dando constancia de ello la *crónica de Fredegario* (de finales del siglo VII) y los *Annales regni Francorum* (siglo VII). Siglos después fueron, en general, asimilados progresivamente por la cultura germana: lutianos (lusitzi o “los lobos”), pomoranos, dadosanos, polabios, milzener, heveller, drewaner, wilzen, riganos y sorabos (o “sorbios”, siendo estos últimos los únicos que aún mantienen cierta, y minoritaria, identidad étnica). Varias de estas tribus se asentaron más al norte, en la costa del Mar báltico, y fueron los más tardíamente cristianizados de la rama occidental: los wagrios llegaron hasta el muy occidental río Trave; los abodritas (“*los de uno y otro lado del Oder*”) ocuparon las tierras sajonas hasta el río Warnow; y los velitios (o lutianos) y los rugianos (o ranos) compartieron las zonas libres hasta la isla de Rügen⁴².

Y, en tercer lugar, aparecen los “eslavos balcánicos” (o “*meridionales*”)⁴³, que ocuparon las tierras más meridionales, bajo histórica dominación o influencia bizantina (y en sus zonas costeras o norteñas en competencia con intereses germanos, húngaros o de las ciudades itálicas): serbios (los “*serboi*” ya nombrados por Claudio Ptolomeo en el siglo II, o los “*beli srbi*” separados de los sorbios “vendos”), montenegrinos, bosnios, macedonios, búlgaros, croatas y eslovenos (estos últimos, entre los grupos llamados carantanianos orientales, y los prekmuros más occidentales o “vendos”). Mayoritaria es la interpretación de que sus raíces materiales se sitúan en la cultura “Penkovka” y

⁴¹ Kazanski, M., *op.cit.*, págs. 217-220.

⁴² Álvarez-Pedrosa Núñez, J.A., *op.cit.*, págs. 27-42.

⁴³ Šarić, L., “Balkan identity: Changing self-images of the South Slavs”. En *Journal of Multilingual and Multicultural development*, nº 25(5-6), 2004, págs. 389-407.

en la cultura “Ipotești-Cândești” (quizás con la eslavización de los antiguos dominadores ávaros). Entre los años 658 y 688 se documenta como los denominados “*esclavinios*”, son derrotados por la reacción militar bizantina tras lograr tomar la región de Tesalónica.

Comenzaron a llegar o presionar en las fronteras de la Cristiandad medieval un conjunto atrasado, y puramente pagano, de tribus eslavas, siempre bajo dominación de las grandes confederaciones germanas o turcas que impactaban a mitad del primer milenio d.C. Comunidades muy numerosas de artesanos y campesinos, sin grandes reyes o elites militares, que poco a poco inundaban o aparecían en las tierras del Europa oriental. Los romanos “griegos” los llamaba *Sporoi* (Σπόροι), como escribía Procopio, y los bizantinos como Veneti, Antes y Sclaveni, como recogió Jordanes. Y, así, el etnónimo “eslavo” se concretó en griego bizantino como *Sthlabēnoí* (Σθλαβηνοί), en el eslavonio de la Rus como *Esloveno* (Словѣне) y en el protoeslavo, más o menos compartido, como *Slověninъ*⁴⁴.

Pueblos puramente paganos durante siglos⁴⁵, dentro y fuera de la ya Europa cristiana medieval, a diferencia de los godos que ya estaban parcialmente cristianizados (o que se cristianizaron por intereses prácticos de legitimación post-romana, o por inevitables tendencias de asimilación a la mayoría del pueblo al que dominaban). Recordemos que el proceso de cristianización de los eslavos (y su entrada en la civilización medieval), como estudia Guillermo Arquero, fue un fenómeno muy largo, difícil pero fundamental para el Viejo continente, abarcando según la región entre trescientos y cuatrocientos años; especialmente desde la misión evangelizadora lanzada en el VI Concilio de Constantinopla (686)⁴⁶, o la citada “*reconquista bizantina*” impulsada por Nicéforo I (802-811) con la cristianización de los eslavos a los que dominaba. “*Invasores*” eslavos definidos y sufridos, en Grecia, por la Cronografía de Teófanos y la Crónica de Monembasia⁴⁷.

Su paganismo, a falta de fuentes escritas notables y propias, se conoce de manera muy parcial. De carácter politeísta y animista, naturalista y dualista, se ligaba al culto a espacios naturales, donde residían espíritus o demonios (con especial importancia en las zonas boscosas), representados en ocasiones de forma antropomórfica, y a los que se ofrecían sacrificio de animales. Los restos arqueológicos sugieren elementos de culto común con los pueblos bálticos vecinos, y la progresiva adopción de divinidades propias de las comunidades iranís más sureñas (ligados a la suerte o a la riqueza). Las

⁴⁴ Ballester Gómez, X., *op.cit.*, págs. 49-64.

⁴⁵ Boyer, R., “El hombre y lo sagrado entre los eslavos”. En Ries, J., *Tratado de antropología de lo sagrado*, Vol. 2, 1995, págs. 273-302.

⁴⁶ Arquero, G.F., “Sobre el proceso de cristianización de los pueblos eslavos”. En *Norba: Revista de historia*, nº 23, 2010, págs. 65-87.

⁴⁷ *Ídem*.

evidencias muestran que fueron apareciendo, progresivamente, santuarios en las zonas montañosas de la citada región de Polesia (conocidos como “kapishcha”), sacerdotes (o hechiceros) que preparaban los rituales y predecían el futuro (llamados “volkhvy”), y actos públicos (como la pila funeraria). Como muestra la *Crónica de Néstor* en la Rus de Kiev, el paganismo eslavo se mantuvo incluso tras la cristianización oficial, en ciertas localidades y grupos sociales, que apoyaron incluso la entronización de príncipes abiertamente anticristianos.

Pueblo de hombres muy altos y fuertes, más pacíficos que hunos o turcos, que vivían en comunidades campesinas abiertas y sencillas, con una religión naturalista o animista de carácter politeísta⁴⁸, sin reyes o caudillos especialmente notables, y muy orgullosos de su independencia (como ya recogía el *Strategikon* de Mauricio en el siglo VI)⁴⁹. Rasgos compartidos por los Venethi, los Antes y los Sclaveni, que comenzaban a expandirse y evolucionar, lenta y silenciosamente, por Europa oriental, desde una sociedad tribal de base local y asentamiento seminómada, y bastante subdesarrollada frente a sus vecinos, hacia formas más complejas y centralizadas por influencia oriental de jazaros y vikingos en el este, y de carolingios y bizantinos en el oeste⁵⁰.

En *De Administrando Imperium* (siglo X) el emperador bizantino Constantino VII Porfirogénito hacía constar la variedad de los posibles primeros pueblos eslavos, dentro y fuera de sus territorios; pero también la incipiente creación de estados propios entre ellos (superando las tradicionales comunidades locales sometidas a los ávaros) en zonas de Iliria o Panonia, con sus caudillos a los que denomina como “Županes” (*zoupanoi*)⁵¹. Y otros cronistas llegaban a hablar, con más precisión, de croatas en Dalmacia y serbios en Macedonia, a los que acudían las mismas autoridades bizantinas para lograr pactos y ayuda militar frente a los mismos ávaros; del oriental pueblo “rus” (bajo una elite vikinga), con el que se negociaba comercialmente en torno al Mar Negro; y de los turco-eslavos búlgaros, que suponían la mayor amenaza norte para Bizancio en ese momento⁵².

La visión final sobre los eslavos, con su etnónimo bien definido, aparecerá en plena Edad Media desde la visión del Sacro Imperio Romano Germánico de sus vecinos “wendos”⁵³. Así los definirán los religiosos alemanes encargados de su cristianización en zona occidental, como Adam de Bremen en su *Gesta Hammaburgensis ecclesiae*

⁴⁸ Álvarez-Pedrosa Núñez, J.A., *Fuentes para el estudio de la religión eslava precristiana*. Libros Pórtico, 2017.

⁴⁹ Véase Riha, T, *Readings for Introduction to Russian civilization*. University of Chicago Press, 1963.

⁵⁰ Curta, F., *op.cit.*

⁵¹ Signes Codoñer, J., “Los eslavos en las fuentes bizantinas de los siglos IX/X: el De administrado imperio de Constantino VII Porfirogénito”. En *Ilu. Revista de ciencias de las religiones*, nº 13, 2004, págs. 115-132.

⁵² Kazanski, M., *op.cit.*, págs. 133-136.

⁵³ Arquero, G., *op.cit.*

pontificum (siglo XI), Saxo Grammaticus en la *Gesta Danorum* (siglos XI-XII), Helmoldo de Bossau en la *Chronica Sclavorum* (siglo XII), y Arnold de Lübeck en la *Arnoldi Chronica Slavorum* (siglo XIII).

Tercera etnogénesis

Los ideólogos nacionalistas (y estudiosos imbuidos en la labor patria) “inventaron” la tercera dimensión sociocultural de esos pueblos eslavos. Daban funcionalidad política al recuerdo de sus ancestros. Sus proyectos independentistas o expansionistas situaban, en ellos, la génesis de su especificidad etnolingüística legitimadora, frente a la histórica dominación otomana o la influencia germana; en este segundo caso, contra su histórico y opresivo *Drang nach Osten* (o propagación alemana hacia el oeste eslavo).

Había que buscar el “*mito de origen*” de nacionalidades eslavas que aspiraban a ser puras y soberanas en la era contemporánea. La coexistencia interétnica solo había sido una excusa para la secular primacía de los absolutistas emperadores turcos o germanos. Y este “*mito*” aparecía, concretamente, en el proceso de cristianización que consagraba, en la Historia, el origen propio y actual, ligado a la construcción de estados medievales dominados, o integrados, por esos mismos pueblos. Esa tradición era la “*gran fuerza persuasiva*”, como decía Platón⁵⁴, y no se equivocaba. Para Rodríguez Barraza:

“El mito dispone de símbolos para aproximarse a realidades que escapan a la palabra y a la razón. La construcción mítica articula una realidad que abre las puertas de par en par a la subjetividad. Las naciones culturales son portadoras de mitos que las dotan de relatos fundacionales que deben excluir cualquier referencia que deje en entredicho su supuesta singularidad”⁵⁵.

Se documenta este “*mito*” moderno, por ejemplo, en la construcción del Zarato búlgaro o de la Rus de Kiev. Fundaciones cristianas (como en el caso de Hungría, desde San Esteban) que se ligaron a los intereses de sus elites en controlar la lealtad de sus súbditos pre-eslavos cristianos, en integrarse en las comunidades regionales, y en conseguir la plena legitimación a ojos de las grandes potencias del momento (en los casos citados, del Imperio bizantino). Así, esta fase de la etnogénesis se vinculaba a la “*primavera de los pueblos*” nacionalista y romántica, especialmente en el Imperio de los Habsburgo (*Völkerfrühling*)⁵⁶, comenzada a inicios de la edad contemporánea: desde la Revolución francesa y los posteriores postulados napoleónicos, hasta la Revolución continental de 1848⁵⁷ y el inicio de los procesos independentistas en el

⁵⁴ Rodríguez Barraza, A., *op.cit.*, págs. 13-25.

⁵⁵ *Ídem*, pág. 25.

⁵⁶ Núñez Seixas, X. M., “La primavera de las naciones, 1848-1871”. En *Aula historia social*, n. 8, 2001, págs. 18-39.

⁵⁷ Rapport, M., *1848, Year of Revolution*. London: Basic Books, 2008.

seno de los antiguos grandes imperios (del citado austrohúngaro al “enfermo” otomano)⁵⁸.

La construcción etnolingüística contemporánea parece demostrada desde este tercer hito histórico, como estudió Alexander Schencker. Ahora bien, sus primeras formas escritas y sus maneras sedentarias de implantación, ligadas a esos lentos procesos de cristianización (alcanzados, en general, hacía el siglo X), muestran una notable cohesión idiomática (dentro de su diversidad dialectal), pero una creciente diferenciación material (como muestran los restos arqueológicos). Al respecto, la implantación del alfabeto glagolítico testimonia la realidad de la primera comunidad lingüística eslava, con hablas inteligibles que permitieron la labor misionera y cultural de San Cirilo y San Metodio.

Porque en este tercer hito, donde comienza la verdadera dimensión político-social singular de los pueblos eslavos, destacará el testimonio del germinal espacio idiomático común y escrito. La encontramos en el antiguo eslavo eclesiástico o “*paleoeslavo*” (también llamado “*eslavónico*”); un idioma de carácter literario, ideado con la función de poder traducir los textos religiosos en la cristianización eslava, y consecuente punto de partida para el nacimiento de los primeros estados eslavos medievales al modo del mundo civilizado católico (desde obvias bases lingüísticas y religiosas)⁵⁹.

Este idioma, creado en el siglo IX por los misioneros cristianos San Cirilo y San Metodio entre los eslavos meridionales (a los que envió el Emperador bizantino), tomó como modelo el “*dialecto de Salónica*”⁶⁰. Nació para traducir las Sagradas Escrituras y varios textos litúrgicos (el leccionario *Aprakos Evangeliar*, el Salterio y los Hechos de los Apóstoles) en el proceso de evangelización y aculturación de dichos pueblos. Era necesario hacerse entender, y que los eslavos entendieran la palabra de Dios. Por ello, ambos clérigos y hermanos, “inventaron” y estandarizaron esta lengua instrumental en el año 862, codificando dicho dialecto sureslavo, que habían aprendido oralmente, mediante ese nuevo alfabeto glagolítico (del que nacerá el cirílico), y que será el marco de referencia para la organización de las primeras lenguas eslavas regionales.

Clérigos que desempeñaron una labor de gran éxito, con amplia y rápida implantación entre los checos de la Gran Moravia, entre los años 863 y 885; éstos eran cristianos formalmente antes de su llegada, pero bajo control de clérigos germanos e intereses carolingios que pretendían su asimilación (pidiendo ayuda a Bizancio para impulsar

⁵⁸ Bak, G., “Historia de los pueblos eslavos”. En F. Presa González (coord.), *Historia de las literaturas eslavas*. Madrid: Cátedra, 1997.

⁵⁹ Santos Marinas, E., *La cultura material de los primitivos eslavos: Un estudio sobre el léxico de los Evangelios*. Madrid: CSIC, 2008.

⁶⁰ Láleva, T., “Cirilo y Metodio y la cristianización de los eslavos”. En *Ilu. Revista de ciencias de las religiones*, nº13, 2004.

su identidad independiente). La misma se puede conocer gracias a la obra *Vidas Extensas de San Cirilo y San Metodio*, siendo el modelo de otros misioneros y de muchos estadistas, que llevaron la fe y su influencia al resto de pueblos vecinos. Por ejemplo, aunque fue prohibido su trabajo por el Papa Esteban V en el año 885, este se expandió en el Primer Imperio búlgaro de Boris I, gracias a la labor de Clemente de Ohrid, San Naum, y las nacientes Escuelas Literarias de Preslav y de Ohrid⁶¹. Años más tarde, y bajo influencia también bizantina, tras la independencia canónica de la Iglesia ortodoxa oriental se alumbró el nacimiento de las principales lenguas orientales y sureñas basadas en la evolución hacía el cirílico (como el serbio). Otra “invención” trascendental, donde para Tatiana Láleva:

“la labor de los santos hermanos Cirilo y Metodio ocupó un lugar destacado en este decisivo cambio, cuyas consecuencias sobrepasaron con creces el ámbito propiamente religioso. En realidad, se trataba de un enorme salto cultural que permitió a los eslavos unirse a los pueblos “civilizados” europeos, ya que en aquel entonces “civilizado” era sinónimo de “cristiano””⁶².

Dicha lengua operativa comenzó pronto a desaparecer, en beneficio de las lenguas cultas del momento: del latín entre los occidentales y del “eslavo eclesiástico” entre los orientales (o de formas de ascendente griego-bizantino en territorio balcánico). Pero los “*libros sagrados*” en antiguo eslavo eclesiástico, aprobados por Roma, y más tarde por Bizancio, supusieron el punto de partida para reclamar esa seña de la propia identidad (más regia que popular), así como el germen de sus futuras lenguas vulgares y de sus próximas órbitas geopolíticas. Aunque hay que señalar, que aún persiste en la liturgia de algunas Iglesias ortodoxas y católicas de rito oriental (e incluso, hasta el siglo XVII, en los principados de Valaquia y Moldavia), se puede estudiar como herramienta de traducción de textos helenos, y sobre la que contamos con múltiples gramáticas modernas, destacando las de Gasparov (2001), Lunt (2001) o Le Feuvre (2009).

La posterior ligazón de la “*escuela de Metodio*” al mundo católico-latino (y los pueblos en su órbita), revelo el cambio de signo. Fue rápida la diferenciación sociocultural en ciernes entre los nacientes estados eslavos: lingüística (dialectal), religiosa (litúrgica) y política (estratégica). La ausencia de un gran poder político paneslavo de referencia o de unión (a modo de Imperio) lo explica. Y sobre el sustrato de este “vehículo”, y ante las influencias de las potencias del momento, se comenzaron a hablar y escribir las primeras lenguas eslavas propias (siendo el latín o el griego las lenguas cultas de las cortes). Safarik enumeraba seis idiomas y trece dialectos: ruso, búlgaro, ilirio, lechish, bohemio y lusaciano; Sreznejevskij defendía la existencia de ocho lenguas eslavas: gran ruso, serbocroata, korotanish, polaco, lusaciano, bohemio y eslovaco; Schleicher

⁶¹ Tovar Llorente, A, y Salustio Alvarado Socastro, S., *Antiguo eslavo eclesiástico (antiguo búlgaro): (paradigmas gramaticales, textos, léxico*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1987.

⁶² Lávela, T., *op.cit*, pág. 75.

hablaba de ocho idiomas eslavos diferentes: polaco, lusaciano, bohemio, gran ruso, pequeño ruso, serbio, búlgaro y esloveno; Miklosic los aumentó a nueve: esloveno, búlgaro, serbocroata, gran ruso, pequeño ruso, bohemio, polaco, alto lusaciano u bajo lusaciano; Florinskij también enumeró nueve, aunque con diferencias: ruso, búlgaro, serbocroata, esloveno, bohemio-moravo, eslovaco, lusaciano, polaco y casubio; y Jagic defendía que solo había ocho grandes idiomas eslavos reales: polaco, lusaciano, bohemio, gran ruso, pequeño ruso, esloveno, serbocroata y búlgaro⁶³.

En este escenario etnogenético, el primer estado definido por los historiadores como “eslavo” nació muy pronto, y en pleno corazón del Imperio romano de Oriente. Los Sclaveni (o “*esclavenos*”) pasaban de tribus nómadas atrasadas o colonos militares al servicio de Bizancio, a pequeños gobiernos pantribales de carácter hereditario, con asentamientos definitivos y fortificados, adaptados a las características del territorio y de la población finalmente dominada⁶⁴. En el siglo VI nació la “Esclavinia Macedonia” (*Sclavenias penes Macedoniam*) en el norte de Grecia, al que los historiadores bizantinos Menandro Protector y Juan de Éfeso pusieron nombre. Confederación tribal que, tras saquear supuestamente Tracia e Iliria, de la mano de uno de sus jefes militares (Daurencio) exigían parte de los Balcanes, reclamando una tierra que consideraban suya y no de los griegos. Es decir, estaban allí desde hace muchos siglos (con godos, hunos, húngaros y ávaros), y podían amenazar directamente Grecia. Según las crónicas, centenares de miles de Sclaveni fuertemente armados atacaron Tesalónica en el año 586, e incursionaron hasta la misma península del Peloponeso. Su final, para los historiadores del momento, llegó con la última “*reacción bizantina*” de Constantino IV, quien impulsó la re-helenización del territorio, convirtió la región en la futura sede de la cristianización de esos pueblos paganos, y estableció, de manera general, la gran frontera con la región balcánica eslava; y que los posteriores políticos nacionalistas (macedonios, búlgaros o serbios) reclamarán sede de su pertenencia a los eslavos del sur⁶⁵.

El segundo estado documentado se situó en la actual Eslovaquia, con el conocido historiográficamente como “Imperio de Samo”. Eso sí, una efímera y muy poco conocida confederación de tribus de eslavos occidentales en el centro de Europa (con sede en la zona de Nitra) que, entre el año 623 y el 658, estuvo dirigida por un mercader franco llamado Samo (su fundador, y quien se autoproclamó como *Rex Sclavorum* o “*Rey de los Eslavos*”). Sobre este “*mito de origen*” se construyó la etnia eslovaca, en zonas montañosas y rurales siempre bajo control de los poderes bohemios,

⁶³ Schenker, A., *The dawn of Slavic. An introduction to Slavic philology*. Yale University Press, 1995.

⁶⁴ Dvornik, F., *op.cit.*, págs. 179- 182.

⁶⁵ Fine, John V. A. (1983), *The Early Medieval Balkans: A Critical Survey from the Sixth to the Late Twelfth Century*. Michigan: University of Michigan Press.

austriacos y húngaros hasta la final independencia (tras su confederación temporal en la extinta Checoslovaquia⁶⁶).

El tercer estado fue igualmente breve. La llamada “Provincia Sclavorum” es considerada como el inicio del pueblo esloveno, en plenos Alpes Julianos. Entidad registrada cuando ciertas tribus eslavas se unieron, en torno al año 595 (según Pablo Diácono), en esa experiencia, que posteriormente recibirá el nombre de Carantania, y que, sobre el 623, se unirán con el citado “Imperio de Samo” en la *Marca Vinedorum*. Cristianizados a finales del siglo VIII, sobre ellos se edificará la etnia eslovena (con su lengua escrita documentada alrededor del año 1000), a mitad de camino de la dominación germana, y las relaciones intensas con el resto de los eslavos balcánicos. Se recuperará la memoria de este “*mito*”, especialmente, durante el proceso de obtención de su primera independencia del control austriaco, de la mano de los dos proyectos de Yugoslavia (el primero monárquico, con un papel menor ante los serbios, y el segundo comunista, con papel central, siendo el dictador Tito de esa misma etnia).

Otro grupo de eslavos occidentales conocidos como Obodrites (o Abrodites), fueron más allá, y fundaron una confederación política en plena zona germánica (con los kissini o los circipani). Se implantaron en las llanuras costeras de las modernas regiones alemanas de Mecklenburg y Holstein, en torno al siglo VIII, pasando a convertirse en vasallos de Carlomagno, como aliados militares frente a los sajones y otras tribus eslavas. Bajo el príncipe Thrasco vencieron a los sajones en la batalla de Bornhöved (798), ocupando sus regiones norteñas, y convirtiéndose en marca fronteriza frente a los daneses, y con Mstivoj alcanzaron el puesto de potencia regional, conquistando Hamburgo. Con Niklot mantuvieron su independencia y su paganismo, resistiendo militarmente a la “*Cruzada de los wendos*” (*Wendenkreuzzug*)⁶⁷, pero su germanización y cristianización era inevitable, y tras la creación del Ducado de Mecklenburg en el siglo XII, apenas quedaron restos de su existencia en el llamado “*lenguaje polabio*”.

Sobre el año 833 se fundó el reino conocido como Gran Moravia (*Velká Morava*), en tierras que para las crónicas estaban ocupadas por celtas (Boii) y germanos (Marcomanos). Se asumía el etnónimo de la tribu Čechové (como reconstruía Alois Jirásek en *Staré pověsti české*, de 1894), ligado al mítico líder Czech. Nacimiento directamente ligado a la cristianización y aculturación impulsada por los hermanos San Cirilo y San Metodio, aunque la posterior *Chronica Bohemorum* de Cosmas de Praga sitúa la leyenda del pueblo checo en los reyes Přemysl y su esposa Libuše. Un estado fundado por el rey Mojmír I (tras absorber a los citados proto-eslovacos de Nitra) que, posteriormente, con el monarca Ratislav y la ayuda del emperador bizantino Miguel

⁶⁶ Vich Sáez, S., “Checoslovaquia, kaputt”. En *Historia y vida*, nº 586, 2017, págs. 12-13.

⁶⁷ Jensen, C.S., “Abodrites”. En Murray, A.V. (ed.), *The Crusades: An Encyclopedia*. Santa Bárbara: ABC-Clio, Vol. 1, 2006.

III, logró su independencia plena de las injerencias germanas y de la influencia del Imperio franco. Svatopluk I alcanzó la máxima expansión de este estado, hasta la anexión de buena parte de sus regiones por los húngaros al este y por el Sacro Imperio Romano Germánico en el oeste (siendo parte del mismo como ducado, en el año 980). De sus cenizas, nacerá el posterior e influyente Reino de Bohemia (muy ligado a la norteña Polonia), independiente desde la dinastía de los Premislidas, con Otakar I, hasta el final de las Guerras Husitas. En el siglo XV se integrará en el Imperio de los Habsburgo, y desde el siglo XIX el desarrollo nacionalista contemporáneo buscará ese “*mito de origen*” para su independencia, como pueblo checo diferenciado (uniendo a bohemios y moravos). Aunque Praga se convertirá, durante décadas, en el foco paneslavista en Europa central frente al dominio austrohúngaro⁶⁸, y temporalmente los checos se unirán a sus vecinos eslovacos desde 1918 en una confederación.

De este mismo tronco eslavo-occidental, hacia el noroeste nació la forma política primigenia del pueblo polaco. Sobre el mito del fundador “*Lech*”, según la *Crónica de Wielkopolska* del siglo XIV (uno de los legendarios hermanos eslavos, con el protochecho Czech y el protorruso Rus), se produjo la unión de las tribus poleni y lechitas (así como de mazovios, polabos vistulianos, lendianos, casubios, lublianianos, buzanos, eslovincios u opolanos); ello fue posible bajo la influencia de misioneros católico-latinos, la autorización de Oton I, y la puntal alianza con los checos. La *Cronicae et gesta ducum sive principum Polonorum* de Gallus Anonymus (siglos XI-XII) documenta el inicial ducado de Polonia bajo gobierno de Mieszko y la dinastía de los Piast sobre el año 960, con la corte en la ciudad de Cracovia y el obispado en Poznan. Posteriormente se convirtió en Reino, hacia 1025 (*Królestwo Polskie*), con la coronación de Boleslao I el Bravo, frente a la expansión germana (especialmente de órdenes militares como la Teutónica) y la persistente fragmentación interna. Durante años logró mantener su independencia y convertirse en potencia regional con Ladislao II Jagellón y su unión con el ducado de Lituania, en la República de las dos naciones (*Rzeczpospolita Obojga Narodów*) al casarse con la princesa lituana Eduvigis. Autonomía y poder que se mantuvieron hasta inicios de la Edad Moderna, cuando alemanes y rusos comenzaron a invadir y repartirse su territorio⁶⁹.

En cuanto a los Balcanes, la primera formación política eslava de enjundia se dio de la mano de los búlgaros, eso sí, inicialmente de origen asiático. Sobre las antiguas regiones de Mesia y Tracia⁷⁰, elites búlgaras consideradas turco-mongolas se eslavizaron pronto en una zona predominantemente rural y desafiaron abiertamente a Constantinopla; elites “inventadas”, quizás, como escisión occidental de los poderosos Búlgaros del Volga, que llegaron a Europa de la mano de los hunos o ávaros

⁶⁸ Pánek, J. y Tuma, O., *A History of the Czech Lands*. Karolinum Press, 2019.

⁶⁹ Lukowski, J., y Zawadzki, H., *Historia de Polonia*. Madrid: Cambridge University Press, 2002.

⁷⁰ Rodá de Llanza, I., “Bulgaria, antes de los eslavos”. En *Historia y vida*, nº 245, 1988, págs. 72-79.

bajo el mítico Khan Asparukh (y que se expandieron más allá del Danubio bajo el también legendario Krum). Abandonando su trengrismo inicial, se documenta su conversión al cristianismo ortodoxo bajo Boris I en el año 864, pasando del viejo Khan al nuevo Zar con Simeón I, quién fundó el llamado “*Primer Imperio búlgaro*”, con capital en Preslav, y pretendió ser el sucesor del mismísimo Imperio Bizantino. Una etnia bastante diferenciada que, tras siglos posteriores de brutal dominación otomana, mantuvo su identidad eslava y ortodoxo, y alcanzó su liberación especialmente tras el auxilio ruso en su guerra de independencia⁷¹.

De manera paralela, croatas y serbios fueron creando sus reclamados estados fundacionales. El etnónimo croata apareció en el siglo IX, para definir a una serie de comunidades “*esclavenas*” diferenciadas, con teorías posteriores sobre una mezcla gótica sustancial (que explicaría su rápida aculturación católico-latina) o su origen en la “Croacia Blanca” de zonas iránias de sármatas y alanas (que explicaría su nombre), para distinguirse del resto de vecinos (como realizó la *Crónica del Sacerdote de Dioclea*). Sea como fuere, en la legendaria zona llamada “Croacia Roja” (*Crvena Hrvatska*), entre Eslavonia, Bosnia y Dalmacia, se escribió sobre su primer reino (*Kraljevina Hrvatska*), bajo el poder de una elite considerada ya de esta etnia, de la mano del monarca Tomislav en el año 925 y con la influencia papal directa⁷² (a partir de un primer ducado dálmata, bajo dirección de Trpimir). Un reino siempre en conflicto con sus vecinos serbios, pasando la corona patria a manos de la expansiva casa húngara de Árpád en el año 1102; vinculación que duró hasta la invasión turca de los Balcanes y la caída del poder magiar. En ese periodo, los nobles croatas entregaron el reino a manos del Imperio de los Habsburgo, quedando durante siglos como zona fronteriza, y siendo dividida en diferentes provincias hasta su integración en las citadas experiencias yugoslavas⁷³. Y bajo influencia ortodoxa-bizantina emergió el primer estado denominado como serbio, localizado en el legendario principado del Gran Župan de Rascia que, tras la unificación regional de Stefan Nemanja, dio paso al Reino de Serbia (*Краљевина Србија*). Tras la coronación de Stefan II Nemanjić Prvovenčani y su expansión por todo el sur de los Balcanes a costa de los bizantinos, fue considerado el estado medieval más poderoso de los Balcanes, integrando zonas actualmente montenegrinas, macedonias o bosnias. Pero cayó finalmente en manos turcas, décadas después de su derrota en la mítica batalla de Kosovo Polje (auténtico mito nacional para el nacionalismo serbio)⁷⁴.

La montañosa y central Bosnia fue objeto de dominación por serbios y croatas desde los primeros tiempos, en competencia con las potencias regionales: Bizancio y Bulgaria.

⁷¹ Crampton, R., *Historia de Bulgaria*. Akal, 2007.

⁷² Bellamy, A. J., *The Formation of Croatian National Identity*. Manchester University Press, 2003.

⁷³ Fernández Riquelme, S., *El nacionalismo serbio*. Letras inquietas, 2020.

⁷⁴ Angoso García, R., “La última tragedia serbia”. En *Historia 16*, n.º 236, 1995, págs. 12-24.

Los croatas se hicieron con el control de regiones del este como Travunia, Zachlunia y Neretvia e, incluso, a principios del primer milenio, Petar Krešimir IV se autoproclamó monarca de Bosnia (y que, tras su unión con Hungría, intentaron dominar la totalidad de la misma). Desde el sur, los bizantinos, bajo mandato de Manuel Commeno I, convirtieron buena parte de la región en estado vasallo, desde el primer ban Kulin hasta el expansivo ban Tvrtko I. Durante muchos años combatieron con croatas y con serbios, que consideraban estas tierras como su propio espacio vital. Por ello, la identidad étnica bosnia estuvo siempre en entredicho, especialmente tras la posterior islamización de parte de la población tras la invasión de la *Sublime Puerta*. Según diferentes estudios, serán los bosnios bogomiles⁷⁵ (considerados cristianos heréticos, como sus compañeros búlgaros) quienes asumirán el islam como seña de identidad “*bosniaca*” (Bosanci), frente a los dominantes católicos u ortodoxos en la región, siendo la zona el epicentro de las sempiternas y étnicas Guerras Balcánicas del siglo XX⁷⁶.

Montenegro también tuvo su pequeño estado eslavo, en la antigua región bizantina de Dioclea, aunque siempre entre la identidad panserbia (como vasallo de la dinastía Nemanjic, desde la era de Rascia) y la dominación veneciana en la costa (la denominada como “*Albania veneciana*”). En este sentido, se documenta el independiente Principado de Zeta (*Зема*) desde 1356, ligando sus destinos a Serbia (tras el periodo de ocupación parcial de los otomanos) hasta su independencia en 2006 (con un referéndum polémico y con una victoria muy estrecha)⁷⁷. Y hasta la misma Macedonia (ahora del Norte) proclama su propio espacio político originario desde la citada y legendaria “Sclavinia”, y sobre las fronteras de su primera creación contemporánea: la república socialista autónoma en la Yugoslavia comunista de Tito⁷⁸. Identidad en conflicto, eso sí, frente a pretensiones del mundo búlgaro (que cita sus raíces comunes en la región de Bitola, donde testimonian la “*macedonia búlgara*” bajo control de un noble Kubery al servicio del kan búlgaro), la hermandad con el pueblo serbio (que apela a cuando Skopje se convirtió en capital del “*Imperio serbio*” en 1346, con Esteban Uroš IV Dušan), y las reivindicaciones “*nominales*” de Grecia (que exigió y consiguió el cambio oficial de nombre para la normalización de relaciones)⁷⁹.

⁷⁵ Mitre Fernández, E., “El Bogomilismo ¿algo más que una herejía medieval balcánica?”. En *XX Siglos*, Vol. 11, Nº 45, 2000, págs. 40-43.

⁷⁶ Veiga, F., “Musulmanes en Bosnia: cinco siglos de supervivencia”. En *De la ciència, del món i d'altres cultures: relacions internacionals, ciència, història de l'Islam i món àrab contemporani*, 1997, págs. 103-108.

⁷⁷ Fernández Riquelme, S., “Montenegro, una identidad balcánica en conflicto”. En *La Razón histórica*, nº48, 2020, págs. 117-124.

⁷⁸ Delgado de Hoyos, F., *El enigma de la guerra de Bosnia-Herzegovina: etnia, religión y política en los conflictos yugoslavos*. Burgos: Aldecoa, 1996.

⁷⁹ Gil Fons, A. y Nieves Camacho, A., “La disputa por “Macedonia”. Origen, desarrollo y consecuencias de un conflicto identitario”. En *Foro internacional*, nº226, 2016, págs. 1088-1124.

Finalmente, los remotos eslavos orientales tuvieron su primera forma estatal en la confederación de la Rus de Kiev. Un conjunto de principados situados entre la llamada “estepa sarmática” y el norte ártico, alejados del mundo occidental, con un escaso nivel desarrollo cultural respecto al mismo, y nacidos de la supuesta simbiosis entre la dinastía escandinava del pueblo “rus” (los “varegos”) fundada por Rurik, distintas tribus protoeslavas y ugrofinesas (que con el Príncipe Oleg establecieron su capital en Kiev), y la influencia político-religiosa del Imperio bizantino. Aparecieron, súbitamente, en la Historia, en torno al año 860, cuando Constantinopla sufrió el brutal ataque de ese pueblo “bárbaro” muy poco conocido (como recogían dos homilías del patriarca Focio⁸⁰). Condenados a entenderse, en torno al Mar negro, eslavos orientales y bizantinos establecieron alianzas económicas, militares e incluso regias (según el relato de la visita de la princesa Olga de Kiev a Constantinopla, en el 957). Bajo esta influencia, llegó la cristianización bajo Vladimir el Grande en torno al año 980. Una unidad feudal tardía conocida por la anónima *Crónica de Néstor* (o “Primera crónica eslava”), que acabó con la irrupción brutal de los turco-mongoles, bajo la llamada Horda de oro en el siglo XIII. Impactante fenómeno geo-histórico, que dividió la amplia región entre los dos grandes universos étnicos reclamados: los futuros rusos orientales (con la posterior primacía del Principado de Moscovia), desde cierto mestizaje con su anexión de ugrofineses y urálicos primero, y de pueblos túrquicos invasores o vecinos después (que posiblemente explica el nacimiento de las comunidades cosacas en las fronteras); y los rutenos occidentales, posible origen de los actuales ucranianos y bielorrusos (en manos, durante siglos, de poderes austriacos y polacos), y que aún se piensa que perviven como rusinos carpáticos en zonas de Polonia o Eslovaquia.

Etnogénesis final entre la unidad y el conflicto

El pasado es siempre presente, en su estudio o en su reclamación. Por ello, hay que subrayar, finalmente, que esta etnogénesis eslava, como síntesis histórica, es una obra contemporánea de quien la elaboró, en cada una de sus fases: bien fruto del miedo bizantino a una expansión demográfica imparable, bien necesidad romántica de los procesos de independencia o construcción nacionales en Europa del este o balcánica, bien una alternativa liberadora en el periodo poscomunista.

Se buscaba, pero se busca todavía (por ejemplo, en las llanuras euroasiáticas) el origen común o diferenciador de los pueblos eslavos, entre los hechos y los mitos. Como hemos señalado, existen intereses de naturaleza científica para saber, pero también reclamos de orgullo étnico para diferenciarse, especialmente de pueblos latinos y germanos durante siglos dominantes, o ante la mutación esencial de los valores tradicionales en el mundo posmoderno. Hubo episodios de unidad real o parcial.

⁸⁰ Signes Codoñer, J., *op.cit.*, págs.115-118.

Nacieron diferentes proyectos unificadores eslavos: la eslavofilia rusa, el paneslavismo, la experiencia checoslovaca o los dos proyectos yugoeslavos en los Balcanes; además de tesis peculiares desde Rusia, como el bizantinismo de Konstantín Leontyev, el primer eurasianismo de Nikolái Trubetskói, o el eslavismo anarquista de Mijail Bakunin, quien proclamaba⁸¹:

“Fuertemente animados por los lazos comunes de la historia y de la sangre, juramos nunca dejar que nuestros destinos nos dividieran (...) Esto es lo que hemos hecho y lo que, junto con los demócratas de todos los países, hemos exigido: Libertad, Igualdad, Fraternidad de las Naciones, dentro de la cual los pueblos eslavos, libres como estos y en contacto fraterno con todos, pero unidos en una más estrecha alianza entre ellos, pronto se transformará en un vasto Estado democrático” (Apelación a los eslavos, 1848).

Frente a otomanos que subyugaban y católicos que influían, desde Rusia nació la corriente eslavófila⁸². Iván Kiréievski, Konstantín Aksákov, Nikolái Danilevski (con su gran obra *Rusia y Europa* de 1869) o el mismo Dostoyevski, nutrieron los intentos expansionistas del zarismo hacia el oeste (de la dominación de Polonia a la liberación de Bulgaria o Serbia)⁸³. Frente a austriacos absolutistas, se desarrolló el movimiento del paneslavismo en la era de los nacionalismos contemporáneos, como referente de apoyo a la independencia de todos los estados eslavos en Europa central y oriental, siendo oficializado en el Congreso Paneslavo de Praga de 1848, con promotores como el intelectual checo František Palacký, el polaco Karol Libelt y el eslovaco Pavol Jozef Šafárik. Frente al pangermanismo histórico, eslovacos y checos (por las buenas y por las malas) convivieron en un estado confederal desde 1918 hasta 1992, la República de Checoslovaquia (finalmente comunista, y bajo la órbita de Moscú, desde 1945)⁸⁴. Incluso bajo la dominación soviética, expertos comunistas buscaron una *“identidad eslava”* más o menos común: en primer lugar, para deslegitimar todo posible movimiento secesionista u opositor a nivel regional en las *“naciones mayoritarias”*; y, en segundo lugar, para intentar explicar que, no por simple casualidad a su juicio, se había generalizado la implantación de repúblicas socialistas ligadas a Moscú, tras la Segunda Guerra Mundial, en todas las naciones eslavas (y, además, en la *“no alineada”* Yugoslavia)⁸⁵.

⁸¹ Véase el conjunto de textos publicado en Bakunin, M., *Eslavismo y anarquía*. Madrid: España, 1998.

⁸² Pastor Gómez, M.L., “Vladimir Putin y la nueva identidad distintiva rusa”. En *Cuadernos de estrategia*, nº 200, 2019, págs. 63-86.

⁸³ Vovchenko, D., “La última cruzada: El paneslavismo durante la gran crisis de Oriente”. En *Desperta Ferro: Historia moderna*, nº 54, 2021, págs. 38-42.

⁸⁴ Fernández Acedo, E., *Checoslovaquia, ayer y hoy*. Madrid: Disenso, 1986.

⁸⁵ Sánchez García, R., “Nacionalismo ruso y régimen soviético”. En *Espacio, tiempo y forma*, serie V, Hª Contemporánea, t. 19, págs. 303-344.

Y ante su continua opresión y sus recurrentes conflictos étnicos, los “eslavos del sur” también vivieron bajo dos confederaciones no siempre bien avenidas: desde 1929 en el Reino de Yugoslavia, bajo la dinastía serbia de los Karađorđević (aunque desde 1918 ya se habían unido en el primer “*Reino de Serbios, Croatas y Eslovenos*”)⁸⁶; y desde 1945, bajo la dictadura de la República federal popular de esloveno Josip Broz Tito y su Liga de los comunistas yugoslavos. Eso sí, tras su sangriento final, con las guerras étnicas que la sucedieron⁸⁷, pervivió formalmente Yugoslavia como unión entre Serbia y Montenegro hasta 2003 bajo liderazgo de Slobodan Milosevic⁸⁸.

Pero los conflictos llenaron más las portadas de los periódicos y de las crónicas. Las Guerras yugoslavas (1991-2001)⁸⁹, las “revoluciones de colores” (llegando a Bielorrusia en 2021) o la Guerra Ruso-Ucrania (2014-2022) son los episodios contemporáneos que documentan una persistente lucha regional por la identidad y la primacía, entre el eje euroatlántico y el mundo euroasiático.

⁸⁶ Martí Vallverdú, P. “Cuando Yugoslavia era una monarquía”. En *Historia y vida*, nº 272, 1990, págs. 105-113.

⁸⁷ De Diego García, E., *La desintegración de Yugoslavia*. Madrid: Actas, 1993.

⁸⁸ Segovia, K., “La Yugoslavia desgajada y la Unión Europea”. En *Tiempo de paz*, nº 77, 2005, págs. 62-66.

⁸⁹ Ferreira, M. “Proyecto de Innovación. Adiós al sueño de los eslavos del sur. A 25 años de las Guerras de Secesión de Yugoslavia (1991-2001)”. En *Clío*, nº41, 2015.